

La prohibición y su revocación

No le resultaba tolerable a Omar que Quraysh adorase sus dioses en la Kaabah mientras que los creyentes adoraban a Allah en secreto. Solía, pues, orar delante de la Kaabah y animaba a otros musulmanes a que lo acompañasen. Algunas veces, él y Hamzah iban con un grupo numeroso de creyentes al Santuario, y en tales ocasiones los líderes del Quraysh no se dejaban ver. Para ellos habría sido una pérdida de dignidad estar presentes y no intervenir; bien sabían que, de oponerse ellos, Omar no se detendría ante nada. Estaban determinados, sin embargo, a no permitir que este joven se imaginase que los había vencido; y, presionados por Abu Yahl, decidieron que la mejor solución sería decretar un boicot contra todo el clan de Hashim que, a excepción de Abu Lahab, estaba decidido a proteger a sus componentes tanto si creían que Muhammad era un Profeta como si no. Se redactó, pues, un documento según el cual se prometía que nadie desposaría a una mujer de Hashim o daría su hija en matrimonio a un hombre de Hashim, y nadie les compraría o vendería nada. Esto tenía que continuar hasta que el clan de Hashim proscribiese a Muhammad o hasta que él renunciase a sus pretensiones de profecía. No menos de cuarenta jefes del Quraysh sellaron este acuerdo, aunque no todos estaban a favor de él en igual medida, incluso a algunos de ellos hubo que convencerlos. El clan de Muttalib se negó a abandonar a sus primos hashimíes y, por lo tanto, fue incluido en el boicot. El documento fue colocado solemnemente en el interior de la Kaabah.

En consideración a la seguridad mutua, los Bani Hashim se agruparon en torno a Abu Talib en aquel barrio de la depresión de la Meca donde él y la mayoría del clan vivían. A la llegada del Profeta y Jadiyah con sus allegados, Abu Lahab y su mujer se marcharon y se fueron a vivir a una casa que poseía en otra parte, para demostrar solidaridad con el Quraysh en conjunto.

El boicot no siempre se cumplía rigurosamente, ni era posible cerrar todas las rendijas debido al hecho de que una mujer seguía siendo un miembro de su propia familia después de casarse en otro clan. Abu Yahl estaba constantemente a la expectativa, aunque no siempre podía imponer su voluntad. Un día se encontró con Hakim, el sobrino de Jadiyah, el cual, acompañado por un esclavo que portaba un saco de harina, se dirigía aparentemente hacia las moradas de los Bani Hashim. Los acusó de llevar alimentos al enemigo y amenazó con denunciar a Hakim ante el Quraysh. Mientras estaban discutiendo llegó Abu-I-Bajtari, otro hombre de Asad, y preguntó qué sucedía; cuando se lo explicaron dijo a Abu Yahl: *"Es la harina de su tía, y la mujer lo ha enviado a Hakim por ella. Déjalo ir tranquilo."* Ni Hakim ni Abu-I-Bajtari eran musulmanes, pero el hecho de pasar este saco de harina de un miembro a otro del clan de Asad no podía ser de la incumbencia de nadie fuera del clan. La intromisión del majzumí era escandalosa e intolerable, y, cuando Abu Yahl insistió, Abu-I-Bajtari agarró una quijada de camello y la llevó contra su cabeza con tanta fuerza que medio inconsciente cayó al suelo, pisoteándolo entonces con dureza para satisfacción de Hamzah, que acertó a pasar por allí en aquel momento.

Hakim estaba dentro de sus derechos, pero otros simplemente desafiaban la prohibición por simpatía hacia las víctimas. Hisham ibn Amr de Amir no tenía sangre hashimí, pero su familia tenía estrechas conexiones matrimoniales con el clan, y al amparo de la noche algunas veces llevaba un camello cargado de alimentos a la entrada del barrio de Abu Talib. Luego le quitaba el ronzal y le daba un golpe en la quijada para que pasase por delante de su casa, y otras noches lo llevaba cargado de ropas y otros presentes.

Además de esas ayudas de los incrédulos, los mismos musulmanes de otros clanes, especialmente Abu Bakr y Omar, idearon varias formas de frustrar el boicot. Cuando hubieron pasado dos años, Abu Bakr ya no podía ser considerado como un hombre rico. Pero a pesar de las ayudas había una perpetua escasez de alimentos entre los dos clanes víctimas del boicot, bordeándose a veces el hambre.

Durante los meses sagrados, cuando podían abandonar el refugio e ir de un sitio a otro sin temor de ser molestados, el Profeta con frecuencia iba al Santuario, y los líderes del Quraysh aprovechaban su presencia para insultarle y satirizarlo. Algunas veces, cuando recitaba revelaciones en las que advertía al Quraysh lo que había sucedido a pueblos antiguos, Nadr de Abd al-Dar se ponía de pie y decía: *"¡Por Dios, Muhammad no es mejor que yo como orador! Lo que dice no son sino historias de los antiguos. Han sido escritas para él de la misma manera que las mías han sido escritas para mí"*. Entonces les contaba las historias de Rustam e Isfandiyar y los reyes de Persia. En relación con esto fue revelado uno de los muchos versículos que se refieren al corazón como a la facultad mediante la cual el hombre tiene visión de las realidades sobrenaturales. El ojo del corazón, aunque cerrado en el hombre caído, puede captar una vislumbre de luz y esto es la fe. Pero un tipo de vida pernicioso hace que se acumule sobre el corazón una capa como de herrumbre, de modo que no puede sentir el origen divino del Mensaje de Dios:

**"....que, al serle recitadas Nuestras aleyas, dice: "¡Patrañas de los antiguos!"
Pero ¡no!
Lo que han cometido ha cubierto de herrumbre sus corazones."
(LXXXIII, 13-14)**

En cuanto al estado opuesto a éste, la posibilidad suprema de la visión interior, el Profeta afirmó de sí mismo en más de una ocasión que el ojo de su corazón estaba abierto incluso durante el sueño: *"Mi ojo duerme, pero mi corazón está despierto."* (Ibn Ishaq, 375; Muhammad ibn Ismail al-Bujari XIX, 16, etc.).

Otra Revelación, una de las poquísimas que mencionan por el nombre a un contemporáneo del Profeta, se había producido ya afirmando que Abu Lahab y sus mujeres estaban destinados al infierno (CXI). Umm Yamil oyó esto y se encaminó hacia la Mezquita con una piedra de mortero en la mano en busca del Profeta, que estaba sentado con Abu Bakr. Llegó hasta Abu Bakr y le dijo: *"¿Dónde está tu compañero?"*. Sabía él que se estaba refiriendo al Profeta, que estaba allí, delante de ella, y quedó demasiado asombrado para hablar. *"He oído"*, dijo ella, *"que me ha satirizado; y, por Dios, que si le hubiese encontrado le habría roto la boca con esta piedra de mortero"*. Luego añadió: *"En cuanto a mí, ciertamente soy una poetisa"*. Y recitó una poesía sobre el Profeta:

*Desobedecemos al réprobo,
nos mofamos de los mandamientos que dicta,
y odiamos su religión.*

Cuando se hubo marchado, Abu Bakr preguntó al Profeta si ella no lo había visto. *"No me vio"*, dijo él. *"Dios le quitó la visión de mí"*. Por lo que se refiere al *"Réprobo"* -en árabe mudhammad, culpado, el opuesto exacto de muhammad, alabado, glorificado- a algunos qurayshíes les había dado por llamarle así a modo de injuria. Él les decía a sus compañeros: *"¿No es maravilloso cómo Dios aparta de mí las injurias del Quraysh? Insultan a Mudhammad, mientras que yo soy Muhammad."* (Ibn Ishaq, 234)

El boicot sobre Hashim y Muttalib había durado dos años o más y no daba ninguna señal de haber producido los efectos deseados. Tuvo además el efecto indeseable e imprevisto de atraer con más fuerza la atención hacia el Profeta y provocó el que se hablase en toda Arabia de la nueva religión más que nunca. Sin embargo, independientemente de estas consideraciones, muchos qurayshíes comenzaron a pensar mejor el boicot, en especial los que tenían parientes cercanos entre las víctimas. Había llegado el momento de que se produjera un cambio de parecer, y el primer hombre en actuar fue ese mismo Hisham que tan a menudo había enviado su camello con alimentos y ropa a los hashimíes. Pero sabía que él solo no podía conseguir nada. Se fue, pues, a ver al majzumí Zuhayr, uno de los dos hijos de Atikah, la tía del Profeta, y le dijo: *"¿Estás contento de comer y llevar ropas y de casarte con mujeres, cuando sabes cómo les va a los parientes de tu madre? Ellos no pueden ni comprar ni vender, ni casarse ni dar en matrimonio; y juro por Dios que si ellos fueran hermanos de la madre de Abu-I-Hakam" -se refería a Abu Yahl- "y tú hubieses acudido a él para que hiciese lo que él te ha instado a hacer, él nunca lo habría hecho." "¡Maldito seas, Hisham!", dijo Zuhayr. "¿Qué puedo hacer yo? No soy más que un solo hombre. Si tuviese conmigo a un hombre más no descansaría hasta anularlo". "He encontrado uno", le respondió Hisham. "¿Quién es?", preguntó Zuhayr. "Yo mismo" le dijo Hisham. "Encuentra un tercero", dijo Zuhayr. Hisham se fue entonces a ver a Mutim ibn Adi, uno de los principales del clan de Nawfal nieto del mismo Nawfal, hermano de Hashim y Muttalib. "¿Es tu voluntad, dijo él, "que dos de los hijos de Abdu Manaf perezcan mientras que tú sigues consintiendo en seguir al Quraysh? ¡Por Dios! Si les permites hacer esto pronto los encontrarás haciéndote a ti lo mismo". Mutim pidió un cuarto hombre, así que Hisham fue al encuentro de Abu-I-Bajtari de Asad, el hombre que había golpeado a Abu Yahl a causa del saco de harina de Jadiyah; y, cuando éste pidió un quinto hombre, Hisham marchó a ver a otro asadí, Zamah ibn al-Aswad, que consintió en ser el quinto sin pedir un sexto. Todos ellos se comprometieron a reunirse aquella noche en las afueras de Hayun, por encima de la Meca, y todos estuvieron de acuerdo con su plan de acción y se aseguraron que no abandonarían el asunto del documento hasta haber conseguido su anulación. "Yo soy casi el más interesado", dijo Zuhayr, "por ello yo seré el primero que hable".*

Al día siguiente temprano se unieron a la concentración de gente en la Mezquita y Zuhayr, vestido con una larga túnica, dio siete vueltas a la Kaabah. Luego se volvió hacia la asamblea y dijo: *"¡Oh pueblo de la Meca! ¿Vais seguir comiendo y vistiéndoos bien mientras que los hijos de Hashim perecen, sin poder comprar ni vender? ¡Por Dios, no me sentaré hasta que este inicuo boicot se haya roto!" "¡Mentiroso!" dijo su primo Abu Yahl, no se romperá. "¡Tú eres el mayor mentiroso!, dijo Zamah. "Nosotros no estábamos a favor de que se escribiese cuando fue escrito". "Zamah tiene razón", dijo Abu-I-Bajatari. "No estamos a favor de lo que en él se ha escrito ni, por otra parte, estamos de acuerdo con él". "Ambos tenéis razón", dijo Mutim, "y el que diga que no, es un mentiroso. Ponemos a Dios por testigo de nuestra inocencia al respecto de él y de lo que está escrito en él. Hisham dijo más o menos lo mismo, y cuando Abu Yahl comenzó a acusarlos de haber tramado esto de la noche a la mañana, Mutim lo interrumpió entrando en la Kaabah para traer el documento. Salió triunfal, con un trozo de pergamino en la mano: los gusanos se habían comido el documento del boicot: todo menos las palabras de introducción "En Tu Nombre, ¡oh Dios!"*

La mayoría del Quraysh ya había sido ganada virtualmente, y esta señal incuestionable fue un argumento final y completamente decisivo. Abu Yahl y uno o dos hombres con puntos de vista parecidos sabían que sería inútil de resistir. El boicot fue revocado formalmente, y un grupo de qurayshíes fue a dar las buenas nuevas a los Bani Hashim y a los Bani Muttalib.

Hubo un gran alivio en la Meca después del levantamiento del boicot y, por el momento, se suavizaron las hostilidades contra los musulmanes. Pronto llegaron a Abisinia informes exagerados de la nueva situación, y algunos de los exiliados se pusieron inmediatamente a hacer preparativos para volver a la Meca; otros, Yafar entre ellos, decidieron proseguir durante un tiempo donde estaban.

Mientras tanto, los líderes del Quraysh concentraron sus esfuerzos para intentar persuadir al Profeta de que aceptase un compromiso. Ésta era la mayor aproximación que, con todo, habían hecho hacia él. Walid y otros jefes propusieron que todos debían practicar las dos religiones. El Profeta se salvó del problema de formular su negativa gracias a una repuesta inmediata que vino directamente del Cielo en un sura de seis versículos:

Di: "¡Infieles!
Yo no sirvo lo que vosotros servís,
Y vosotros no servís lo que yo sirvo.
Yo no sirvo lo que vosotros habéis servido
Y vosotros no servís lo que yo sirvo.
Vosotros tenéis vuestra religión y yo la mía".
(CIX).

Como consecuencia, la momentánea buena voluntad había disminuido para cuando los exiliados que regresaban alcanzaron las lindes del recinto sagrado.

Excepto Yafar y Ubaydallah ibn Yahsh, todos los primos del Profeta volvieron. Con ellos vinieron también Uthman y Ruqayyah. Otro shamsí que regresó con Uthman fue Abu Hdayfah. Él podía confiar en su padre, Utbah, para que lo protegiera. Pero Abu Salamah y Umm Salamah no podían esperar más que persecución por parte de su propio clan; por ello, antes de entrar en la Meca, Abu Salamah envió un mensaje a su tío hashimí Abu Talib, pidiéndole protección, para lo cual éste se dispuso, con gran indignación del Majzum. *"Has protegido de nosotros a tu sobrino Muhammad"*, dijeron, *"pero, ¿por qué proteges a nuestro propio compañero de clan?"* *"Él es el hijo de mi hermana"*, dijo Abu Talib. *"Si no protegiese al hijo de mi hermana, no podría proteger al hijo de mi hermano"*. No tuvieron más elección que la de reconocerle sus derechos de jefatura. Además, en esta ocasión Abu Lahab apoyó a su hermano, y el Majzum sabía que era uno de los más poderosos aliados contra el Profeta; así pues no quisieron ofenderlo. Por su parte, él quizás lamentaba haber manifestado tan claramente, en tiempos de la prohibición, el odio implacable que sentía por su sobrino. No es que su odio hubiera disminuido de ningún modo; pero deseaba mantener unas mejores relaciones con su familia. Y esto era debido a que después de la muerte de su hermano mayor él podría normalmente esperar ocupar su puesto como jefe del clan, y quizás fuese que entonces veía en Abu Talib señales de que el final de su vida estaba próximo.

El Quraysh hace ofertas y demandas

Desde el día Hamzah mantuvo fielmente su Islam y siguió todas las ordenes del Profeta. Su conversión no dejó de ejercer cierta influencia sobre el Quraysh, que ahora se mostraba más titubeante a la hora de hostigar directamente a Muhammad(saws) sabiendo que Hamzah lo protegía. Por otro lado, este acontecimiento totalmente inesperado les hizo ser tanto más conscientes de lo que consideraban que era la gravedad de la situación, cuanto que incrementó la sensación que tenían de que se necesitaba encontrar una solución para detener un movimiento que, así les parecía a ellos, sólo podía terminar en la ruina de la posición privilegiada que disfrutaban entre los árabes. A la vista de este peligro, acordaron cambiar sus tácticas y seguir la sugerencia hecha en una asamblea por uno de los hombres principales de Abdu Shams, Utbah ibn Rabiah. *"¿Por qué no voy a ver a Muhammad," dijo, "y le hago ciertas ofertas, algunas de las cuales podría aceptar? y lo que aceptase, se le daría, a condición de que nos dejase en paz."* Se supo entonces que Muhammad(saws) estaba sentado solo junto a la Kaabah. Así pues, sin dilación, Utbah dejó la asamblea y se dirigió hacia la Mezquita. Se había propuesto a sí mismo para esta misión, en parte, porque era nieto de Abdu Shams, el hermano de Hashim; y aunque los clanes que habían tomado sus nombres de estos dos hijos de Abdu Manaf, hijo del gran Qusayy, habían seguido direcciones opuestas, sus diferencias podían ser fácilmente enterradas en virtud de su ascendencia común. Además, Utbah era de una naturaleza menos violenta y más conciliadora que la mayoría de los qurayshíes, y era también más inteligente.

"Hijo de mi hermano," le dijo al Profeta, "como bien sabes, tú eres un noble de la tribu y tu ascendencia te asegura una plaza de honor. Y ahora has traído a tu pueblo un asunto que produce una profunda preocupación, por cuya causa has escindido su comunidad, has declarado necio su modo de vida, has hablado vergonzosamente de sus dioses y de su religión, y a sus antepasados los has llamado infieles. Escucha, pues, lo que propongo, y mira si algo de ello te resulta aceptable. Si lo que buscas es la riqueza, de nuestras distintas propiedades juntaremos una fortuna para ti para que puedas ser el hombre más rico de entre nosotros. Si lo que quieres es el honor, te haremos nuestro jefe supremo y no tomaremos ninguna decisión sin que tú antes la apruebes; si ambicionas la realeza, te designaremos nuestro rey, y si tú mismo no puedes desembarazarte de este genio que se te aparece, encontraremos para ti un físico y gastaremos nuestra riqueza hasta que te cure por completo." Cuando hubo terminado de hablar, el Profeta le dijo: *"Ahora escúchame tú, ¡oh padre de Walid!" "Lo haré",* dijo Utbah, y el Profeta le recitó parte de una Revelación que había recibido recientemente.

Utbah estaba preparado para simular al menos que prestaba atención, como política hacia un hombre al que esperaba ganarse, pero después de unas pocas frases todos esos pensamientos se mudaron en admiración por las mismas palabras. Estaba allí sentado con las manos a la espalda, apoyándose sobre ellas mientras escuchaba, asombrado por la belleza del lenguaje que penetraba en sus oídos. Las señales ⁽¹⁾ que le fueron recitadas hablaban de la Revelación y de la Creación de la Tierra y el

(1) Cada versículo del Corán se llama "señal", esto es, un milagro, a la vista de su revelación directa.

Firmamento. Luego, de los Profetas y de los pueblos antiguos que, habiéndoles resistido, habían sido destruidos y condenados al Infierno. Después venía un pasaje que hablaba de los creyentes, prometiéndoles la ayuda de los ángeles en esta vida y la satisfacción de todos sus deseos en el Más Allá. El Profeta terminó su recitación con las palabras: *¡Y entre sus signos están la noche y el día y el sol y la luna! No os prosternéis en adoración ante el sol y ante la luna, sino prosternaos en adoración ante Dios su Creador, si verdaderamente Lo adoráis.* (Corán, XLI, 31). Después de esto se postró tocando el suelo con su frente, para decir al fin: *"Ya has oído, ¡Oh Abu-I-Walid! El resto es cosa tuya."*

Cuando Utbah volvió a sus compañeros, éstos quedaron tan impresionados por el cambio de la expresión de su rostro que exclamaron: *"¿Qué te ha sucedido, oh Abu-I-Walid?"* Él les respondió diciendo: *"He escuchado unas palabras como jamás había oído nada antes. No es poesía, por Dios, ni es brujería ni adivinación. Hombres del Quraysh, escuchadme, y haced como digo. No os interpongáis entre este hombre y lo que hace, sino dejadle, porque por Dios las palabras que he escuchado de él serán recibidas como grandes nuevas. Si los árabes le dan muerte os habréis deshecho de él a manos de otros, y si él vence a los árabes, entonces su soberanía será vuestra soberanía y su poderío será vuestro poderío y seréis los hombres más afortunados."* Pero se mofaron de él, diciendo: *"Te ha hechizado con su lengua."* *"Os he dado mi opinión"*, respondió él, *"haced pues lo que consideréis mejor."* No se opuso más a ellos, y el impacto que le habían producido los versículos coránicos no fue más que una impresión pasajera. Entre tanto, ya que no había traído ninguna respuesta a las preguntas que había planteado, uno de los otros dijo: *"Enviemos por Muhammad, hablemos y discutamos estas cosas con él, para que no se nos pueda culpar de no haber intentado todas las soluciones"*. Mandaron pues por Muhammad(saws), diciendo: *"Los nobles de tu pueblo se encuentran reunidos para poder hablar contigo."* Él se dirigió con toda premura hacia donde lo estaban esperando, pensando que tenían que haber sido persuadidos a cambiar su actitud. Anhelaba guiarlos hacia la verdad; pero sus esperanzas se desvanecieron tan pronto como empezaron a repetir las ofertas que ya le habían hecho. Cuando hubieron concluido, él les dijo: *"No estoy poseído, ni busco el honor entre vosotros ni la realeza sobre vosotros. Antes bien, Dios me ha enviado a vosotros como mensajero, me ha revelado un libro y me ha ordenado que sea para vosotros un portador de buenas nuevas y un amonestador. Así que os he comunicado el mensaje de mi Señor, y os he aconsejado bien. Si aceptáis lo que os he traído, eso significa vuestra buena fortuna en este mundo y en el venidero; pero si lo rechazáis, entonces esperaré pacientemente a que Dios juzgue entre nosotros."*

La única respuesta que obtuvo fue la de volver al mismo sitio donde se habían quedado, y de nuevo escuchar que si no quería aceptar sus ofrecimientos que entonces hiciese algo que les demostrase que era un mensajero de Dios y que al mismo tiempo les facilitase la vida. *"Pide a tu Señor que nos quite estas montañas que nos encierran, que nos allane nuestra tierra y que haga que fluyan por ella ríos como los de Siria e Iraq; que nos resucite a algunos de nuestros antepasados, Qusayy entre ellos, para que podamos preguntarles silo que tú dices es cierto o falso. O, si no quieres hacer estas cosas para nosotros, pide entonces favores para ti mismo. Pide a Dios que te envíe un Ángel que confirme tus palabras y nos desmienta a nosotros. Y pídele que te otorgue jardines y palacios y tesoros de oro y plata para que sepamos lo buenas que son tus relaciones con tu Señor. El Profeta les respondió, diciendo: "Yo no soy de los que piden a Dios esa clase de cosas, ni he sido enviado para eso, sino que Dios me envió para amonestar y comunicar buenas nuevas."* Negándose a escuchar, le dijeron: *"Entonces haz que el cielo se caiga en pedazos sobre nuestras cabezas"*, en desdeñosa referencia al versículo ya revelado: Si nos place, podemos hacer que la tierra se los

trague o que el firmamento caiga en pedazos sobre ellos. (XXXIV, 9). *"Eso tiene que decidirlo Dios",* dijo. *"Si Él lo desea, lo hará."*

Sin responder, salvo el mutuo intercambio de miradas, pasaron a otro punto. Para ellos, uno de los rasgos más misteriosos de la Revelación era la recurrencia constante al extraño nombre Rahman, aparentemente relacionado con la fuente de la inspiración del Profeta. Una de las Revelaciones comenzaba con las palabras El Compasivo (al-Rahman) ha enseñado el Corán (LV, 1), y porque les agradaba aceptar el rumor de que Muhammad(saws) aprendía las palabras que decía de un hombre de Yamamah, su réplica final en esta ocasión fue decir: *"¡Hemos oído que todo esto te lo enseña un hombre de Yamamah llamado Rahman, y en Rahman nunca creeremos!"* El Profeta permaneció en silencio, y ellos continuaron: *"Nos hemos justificado ahora ante ti, Muhammad; y por Dios juramos que no te dejaremos en paz ni desistiremos del tratamiento que ahora te deparamos hasta que terminemos contigo o tú termines con nosotros."* Y uno de ellos añadió:

"No creeremos en ti hasta que nos traigas a Dios y a los Ángeles como garantía." Ante estas palabras, el Profeta se incorporó y, cuando estaba a punto de dejarlos", Abdallah, el hijo de Abu Umayyah de Majzum, también se levantó y le dijo: *"Jamás te creeré; mejor dicho, no hasta que cojas una escalera y subas por ella al cielo, y hasta que traigas cuatro Ángeles para que den testimonio de que eres lo que afirmas ser; e incluso entonces creo que seguiría sin creerte."* Este Abdallah era por parte de padre primo carnal de Abu Yahl; pero su madre era Atikah, hija de Abd al-Muttalíb, y había puesto a su hijo el nombre de su hermano, el padre del Profeta. Así pues, éste se marchó a casa con la tristeza de oír semejantes palabras de boca de un pariente tan cercano, tristeza que se sumaba a su pesar general por la gran distancia que ahora se extendía entre él y los jefes de su pueblo.

Sin embargo, del clan Majzum, en el que tanto odio parecía concentrarse, tenía por lo menos la devoción de Abu Salamah, el hijo de su tía Barrah; y ahora, de esta dirección le vinieron a la nueva religión de Muhammad(saws) una ayuda y fuerza inesperadas. Abu Salamah tenía un rico primo, por parte de padre, llamado Arqam - sus abuelos majzumíes eran hermanos-, y Arqam acudió al Profeta y pronunció las dos testificaciones la ilaha illa Llah, *"no hay dios sino Dios",* y Muhammad rasulu Llah, *"Muhammad es el Enviado de Dios."* Luego puso a disposición del Islam su gran casa situada casi al pie del monte de Safa. A partir de entonces los creyentes tuvieron un refugio en el mismo centro de la Meca, donde podían reunirse y hacer las plegarias en común sin temor a ser vistos o molestados.

Los líderes del Quraysh

Los seguidores del Profeta aumentaban sin cesar, pero siempre que se les acercaba un nuevo converso y le prometía su lealtad, la mayoría de las veces se trataba de un esclavo, de un liberto, de un miembro del Quraysh de los Alrededores o, todo lo más, un joven o una mujer del Quraysh de la hondonada, de familia influyente pero ellos mismos de ninguna influencia, y cuya conversión incrementaba diez veces la hostilidad de sus padres y parientes mayores. Abd al-Rahman, Hamzah y Arqam habían sido excepciones, pero estaban lejos de ser líderes. El Profeta anhelaba atraerse a alguno de los jefes; ninguno de los cuales, ni siquiera su tío Abu Talib, había mostrado ninguna inclinación a unírsele. Le sería de una gran ayuda para la propagación de su mensaje al contar con el apoyo de un hombre como el tío de Abu Yahl, Walid, que no sólo era el jefe de Majzum sino que, además, si se pudiera designar así, podía ser considerado como el líder extraoficial del Quraysh. Era, igualmente, un hombre que parecía más abierto al debate que muchos de los otros. Un día se le presentó al Profeta la oportunidad de hablar con Walid a solas. Pero cuando estaban inmersos en la conversación acertó a pasar junto a ellos un ciego, uno que recientemente había abrazado el Islam, y, al escuchar la voz del Profeta, le pidió que le recitase algo del Corán. Cuando se le rogó que tuviese un poco de paciencia y que esperase otra ocasión más propicia, el ciego se molestó tanto que, al final, el Profeta frunció el ceño y le volvió la espalda. La conversación se había echado a perder; pero la interrupción no fue la causa de ninguna pérdida; Walid, en realidad, no estaba más abierto al mensaje que aquellos cuyo caso parecía desesperado.

Un nuevo sura fue revelada casi inmediatamente; comenzaba con las palabras:

**Frunció las cejas y volvió la espalda,
porque el ciego vino a él.**

La Revelación continuaba:

**A quien es rico
le dispensas una buena acogida
y te tiene sin cuidado que no quiera purificarse.
En cambio, de quien viene a ti, corriendo,
con miedo de Alá,
te despreocupas.
(LXXX, 1-2, 5-10).**

No mucho tiempo después de esto, Walid habría de traicionar su propia autosuficiencia al decir: "*¿Se le envían revelaciones a Muhammad y a mí no, cuando yo soy su señor y el principal hombre del Quraysh? ¿No se me envían ni a mí ni a Abu Masud, el jefe de Thaqif, cuando nosotros somos los dos grandes hombres de las dos ciudades?*" La reacción de Abu Yahl era menos fríamente confiada y más apasionada. La posibilidad de que Muhammad(saws) pudiera ser un profeta era demasiado intolerable para abrirla ni por un solo momento. "*Nosotros y los hijos de Abdu Manaf*", decía, "*hemos competido los unos con los otros por el honor. Ellos han dado de comer y nosotros hemos dado de comer. Ellos han cargado con los fardos de otros y nosotros hemos cargado con los fardos de otros. Ellos han dado y nosotros hemos dado; hasta que, cuando íbamos corriendo a la misma altura, rodilla con rodilla, como dos yeguas en una carrera, ellos van y dicen: "Uno de nuestros hombres es un Profeta; ¡le vienen Revelaciones del Cielo!" "¿Y cuándo lograremos nosotros algo*

parecido a esto? Por Dios, nunca lo creeremos, nunca admitiremos que dice la verdad." En cuanto al shamsí Utbah, su reacción fue menos negativa, pero carente en casi igual medida del sentido de la proporción; porque su primer pensamiento no fue que Muhammad(saws) tenía que ser seguido si era un profeta, sino que su condición de profeta aportaría honor a los hijos de Abdu Manaf. Así, un día, cuando Abu Yahl señaló con el dedo burlescamente al objeto de su odio y dijo a Utbah: *"Ahí está vuestro Profeta, ¡oh hijos de Abdu Manaf!",* Utbah respondió bruscamente: *"¿Y por qué habrías de llevar a mal si tenemos un profeta o un rey?"* Esta última palabra era una referencia a Qusayy y un sutil recordatorio al Majzum de que Abdu Manaf era hijo de Qusayy mientras que Majzum sólo era su primo. El Profeta se encontraba lo suficientemente cerca para oír este altercado, y se acercó a ellos y dijo: *"¡Oh Utbah, tú no te has irritado por la causa de Dios, ni por la de su Enviado, sino por la tuya misma! Y en cuanto a ti, Abu Yahl, te sobrevendrá una desgracia. Reirás poco y llorarás mucho."* (Tabari, 1203, 3).

Las fortunas de los diversos clanes del Quraysh estaban en continua fluctuación. Dos de los más poderosos en aquel tiempo eran Abdu Shams y Majzum. Utbah y su hermano Shaybah eran los líderes de una rama del clan shamsí. Su primo Harb, el antiguo líder de su rama umaya, había sido sucedido a su muerte por su hijo Abu Sufyan, que había desposado, entre otras, a la hija de Utbah, Hind. El éxito de Abu Sufyan, tanto en la política como en el comercio, se debía en parte a la reserva de su opinión y a su capacidad para la deliberación fría y paciente, y también al dominio de sí mismo, si su astuto sentido de la oportunidad veía que de ello se podía obtener algún beneficio. Su imperturbabilidad provocaba frecuentemente la exasperación de Hind, impetuosa y de genio vivo, pero él raramente permitía que ella lo persuadiera una vez que había tomado una decisión. Como podía esperarse, era menos violento que Abu Yahl en su hostilidad hacia el Profeta. Pero si los líderes del Quraysh estaban algo divididos en cuanto a su actitud hacia el Enviado, se mostraban, sin embargo, unánimes en su rechazo del mensaje. Habiendo todos ellos alcanzado un cierto éxito en la vida aunque los hombres más jóvenes esperaban que para ellos esto no fuese más que el principio habían logrado según la opinión unánime algo de lo que se había llegado a aceptar en Arabia como el ideal de la grandeza humana. La riqueza no era considerada un aspecto de esa grandeza, pero de hecho era casi una necesidad como medio para lograr el fin. Un hombre destacado tenía que estar muy solicitado como aliado y protector, lo cual significaba que él a su vez tenía que obtener aliados fieles. Esto, en parte, podía lograrlo tejiendo para sí, a través de sus propios matrimonios y los matrimonios de sus hijos e hijas, una red de relaciones poderosas y formidables. En este sentido, era mucho lo que se podía conseguir gracias a la riqueza, que el hombre prominente también necesitaba en su calidad de anfitrión. Las virtudes eran un aspecto esencial del ideal en cuestión, en especial la virtud de la generosidad, pero no con vistas al logro de una recompensa celestial. Ser alabados por los hombres, a lo largo y ancho de Arabia e incluso más allá, por estar colmados de riqueza, por una valentía leonina, por la inquebrantable fidelidad a la palabra dada, tanto si lo había sido por alianza, protección, garantía o por cualquier otro propósito, ser alabados por estas virtudes en vida y después de la muerte constituía el honor y la inmortalidad que les parecía que daba un sentido a la vida. Hombres como Walid sentían algo de tal grandeza, y esto generaba en ellos una complacencia que los hacía sordos a un mensaje que hacía hincapié en la vanidad de la vida terrena, la vanidad del mismo marco donde habían tenido lugar sus propios éxitos. Su inmortalidad dependía de que Arabia continuase como estaba, de que los ideales árabes provenientes del pasado se perpetuasen en el futuro. Todos ellos eran sensibles, en diversos grados, a la belleza

del lenguaje de la Revelación, pero en cuanto a su significado sus almas se cerraban espontáneamente a versículos como el que sigue, que les decían que ellos y sus venerados antepasados no habían conseguido nada, y que todos sus esfuerzos habían sido hechos en una dirección equivocada:

Alá les hizo gustar la ignominia en la vida de acá, pero, ciertamente, el castigo de la otra vida es mayor. Si supieran...

(XXXIX, 26)

Asombro y esperanza

Los jóvenes y los menos favorecidos por el éxito de ninguna manera aceptaron el mensaje Divino en el acto; pero por lo menos la complacencia no había bloqueado sus oídos frente a la intensidad y vehemencia de las llamadas, que habían irrumpido sobre su pequeño mundo como las notas de un toque de trompeta. La voz que Uthman había oído clamando en el desierto "*Durmientes, despertad*" era análoga al mensaje, y éste era, ciertamente, para aquellos que ahora lo habían aceptado, lo mismo que si hubiesen despertado de un sueño y entrado en una nueva vida.

La actitud de los incrédulos, en el pasado y en el presente, se resume en las palabras:

Dicen: "No hay más vida que la de acá y no seremos resucitados".
(VI, 29)

A esto respondían las palabras Divinas:

No creamos el cielo, la tierra y lo que entre ellos hay para pasar el rato.
(XXI, 16)

¿Os figurabais que os habíamos creado para pasar el rato y que no ibais a ser devueltos a Nosotros?"
(XXIII, 115)

Para aquellos en los que la incredulidad no había cristalizado, estas palabras sonaban a algo verdadero; e igual sucedía con la Revelación en conjunto, que se describía a sí misma como una luz y con el poder de guiar. Un motivo básico paralelo para aceptar el mensaje era el Mensajero mismo, un hombre que estaba, tenía certeza de ello, demasiado lleno de verdad para engañar y demasiado lleno de sabiduría para engañarse a sí mismo. El mensaje contenía una advertencia y una promesa: la advertencia los impulsaba a tomar medidas, y la promesa los llenaba de gozo.

A los que hayan dicho: "¡Nuestro Señor es Alá!" y se hayan portado correctamente, descenderán los ángeles: "¡No temáis ni estéis tristes! ¡Regocijaos, más bien, por el Jardín que se os había prometido! Somos vuestros amigos en la vida de acá y en la otra. Tendréis allí todo cuanto vuestras almas deseen, todo cuanto pidáis, como alojamiento venido de Uno Que es indulgente, misericordioso".
(XLI, 30-32)

Otro de los muchos versículos sobre el Paraíso que ya había sido revelado era uno que hablaba del Jardín de Inmortalidad que se ha prometido a los temerosos de Dios. De éste decía:

Di: "¿Vale más esto que el Jardín de inmortalidad que se ha prometido a los temerosos de Alá como retribución y fin último?"
(XXV, 15)

Los creyentes verdaderos son definidos *como quienes ponen sus esperanzas en el encuentro con Nosotros*, mientras que los incrédulos

**Quienes no cuentan con encontrarnos y prefieren la vida de acá,
hallando en ella quietud, así como quienes se desprecupan de Nuestros
signos,
(X, 7).**

La actitud del creyente tiene que ser la opuesta en todos los sentidos. Uno de los aspectos de la ilusión onírica en la que los infieles estaban sumidos era el de no prestar atención a las bendiciones de la naturaleza, dándolas por supuestas. Estar despierto a la realidad significaba no solamente trasladar las esperanzas de uno de este mundo al venidero, sino también maravillarse en este mundo por los signos de

**Allah que en él se manifiestan:
Bendito sea Quien ha puesto constelaciones en el cielo y entre ellas un
luminar y una luna luminosa!
Él es Quien ha dispuesto que se sucedan la noche y el día para quien quiera
dejarse amonestar o quiera dar gracias.
(XXV, 61-62)**

Los líderes del Quraysh habían pedido insolentemente señales tales como que descendiese un Ángel para confirmar la condición de Profeta de Muhammad(saws), y que éste fuese elevado al Cielo. En una ocasión, una noche de luna llena, no mucho después de haber salido, cuando se la veía suspendida en el cielo sobre el monte Hira, un grupo de incrédulos se acercó al Profeta y le pidió que la partiese en dos como prueba de que él era realmente el Enviado de Dios. Muchos otros estaban también presentes, incluyendo creyentes y gentes que dudaban, y cuando se le hizo la petición todas las miradas se volvieron hacia la luminaria. Fue grande su asombro al verla dividirse en dos mitades que se alejaron la una de la otra hasta que a cada lado de la montaña refulgió una media luna. "*Dad testimonio*", dijo el Profeta. (Muhammad ibn Ismail al- Bujari. LXI, 24).

**Se acerca la Hora, se hiende la luna.
Si ven un signo, se apartan y dicen: "¡Es una magia continua!"
(LIV, 1-2)**

diciendo que los había hechizado. Los creyentes, por otro lado, se regocijaron y algunos de los que titubeaban abrazaron el Islam, mientras que otros se acercaron más a él.

Esta inmediata respuesta celestial a un reto cargado de burla fue una excepción. Otras de las señales exigidas por el Quraysh realmente se cumplieron, pero no exactamente como ellos habían pedido, y no en su tiempo sino en el de Dios. Hubo también muchos milagros menores de los que sólo los creyentes fueron testigos. Pero nunca se permitió que tales maravillas ocupasen el centro, porque el mismo Libro revelado era el milagro central de la intervención Divina que entonces estaba teniendo lugar, del mismo modo que Cristo había sido el milagro central de la anterior intervención. Según el Corán, Jesús es a la vez el Enviado de Dios y también Su Palabra, que Él ha comunicado a María, y un Espíritu que procede de Él

**¡Gente de la Escritura ! ¡No exageréis en vuestra religión! ¡No digáis de
Alá sino la verdad: que el Ungido, Jesús, hijo de María, es solamente el
enviado de Alá y Su Palabra, que Él ha comunicado a María, y un espíritu que
procede de Él! ¡Creed, pues, en Alá y en Sus enviados! ¡No digáis "Tres"!
¡Basta ya, será mejor para vosotros! Alá es sólo un Dios Uno. ¡Gloria a Él**

Tener un hijo...Suyo es lo que está en los cielos y en la tierra... ¡Alá basta como protector!
(IV, 171)

Y como había sucedido con la Palabra-hecha-carne, así ahora, de forma análoga, era a través de la Presencia Divina en este mundo de la Palabra- hecha-libro que el Islam era una religión en el verdadero sentido del vínculo o conexión con el Más Allá. Una de las funciones de la Palabra-hecha-libro, con miras a la religión primordial que el Islam afirmaba ser,

Profesa la Religión como hanif, según la naturaleza primigenia que Alá ha puesto en los hombres! No cabe alteración en la creación de Alá. Ésa es la religión verdadera. Pero la mayoría de los hombres no saben.
(XXX, 30)

era volver a despertar en el hombre su primitivo sentido de admiración que, con el paso del tiempo, se había debilitado o extraviado. Por lo tanto, cuando el Quraysh pide maravillas, la principal respuesta del Corán es señalar aquellas maravillas que siempre han tenido ante los ojos sin verles su carácter prodigioso:

**¿Es que no consideran cómo han sido creados los camélidos,
cómo alzado el cielo.
cómo erigidas las montañas,
cómo extendida la tierra?**
(LXXXVIII, 17-20)

El asombro y la esperanza exigidos del creyente son, ambas, actitudes de vuelta hacia Dios. El sacramento de acción de gracias, decir La Alabanza a Dios, Señor de los Mundos, incluye asombro y devuelve la cosa alabada, y, con ella, al que alaba, al Origen Trascendente de todo bien. El sacramento de consagración, decir En el Nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso, precipita al alma en la misma dirección hacia la corriente de esperanza.

En esta vía de retorno se centra la plegaría básica del Islam, al-Fatihah, la Apertura, llamada así porque es el primer capítulo del Corán ⁽¹⁾ :

**¡En el nombre de Alá, el Compasivo, el Misericordioso!
Alabado sea Alá, Señor del universo,
el Compasivo, el Misericordioso,
Dueño del día del Juicio,
A Ti solo servimos y a Ti solo imploramos ayuda.
Dirígenos por la vía recta,
la vía de los que Tú has agraciado, no de los que han incurrido en la ira, ni de los extraviados.**
(1, 2-7)

⁽¹⁾ El primero en el orden de la disposición final, pero no de la Revelación . El lugar que ocupa en la liturgia Islámica le asegura se recitada por lo menos diecisiete veces al día.

También básica como una expresión perfecta y concentrada de la doctrina del Islam es la Surat al-Ijlas, el Sura de la Sinceridad, que está situada al final del Corán, el antepenúltimo sura, y que fue revelado cuando un idólatra pidió al Profeta que describiera a su Señor:

**Di: "¡Él es Alá, Uno,
Dios, el Eterno.
No ha engendrado, ni ha sido engendrado.
No tiene par".(CXII)**

Divisiones familiares

Talib y Aqil, los hijos mayores de Abu Talib, no habían seguido el ejemplo de sus hermanos menores Yafar y Ah, sino que, al igual que su padre, habían permanecido sin convertirse pero tolerantes. La actitud de Abu Lahab era muy diferente: desde el reciente enfrentamiento con los líderes del Quraysh se había vuelto completamente hostil, y su esposa Umm Yamil, la hermana del líder shamsí Abu Sufyan, había concebido gran odio hacia el Profeta. Entre ambos obligaron a sus dos hijos a repudiar a Ruqayyah y Umm Kulthum -no hay certeza de si los matrimonios ya se habían realizado o si todavía solamente estaban comprometidos. Sin embargo, la satisfacción de Umm Yamil por esta ruptura disminuyó cuando se enteró de que su rico primo umayya Uthman ibn Affan había pedido la mano de Ruqayyah y la había desposado. Este matrimonio fue muy grato al Profeta y a Jadiyah. Su hija era feliz y su nuevo yerno quería con verdadera devoción a su mujer y a sus suegros. Había también otra consideración que los obligaba a dar gracias: Ruqayyah era la más hermosa de sus hijas y una de las mujeres más bellas de su generación en toda la Meca, y Uthman era un hombre de señalada apostura. Ver a ambos juntos ya era por sí sola una razón para regocijarse. *"Dios es Bello y ama la Belleza."*⁽¹⁾ No mucho tiempo después de su matrimonio, cuando ambos se encontraban ausentes de la Meca, el Profeta les envió un mensajero, el cual regresó luego mucho más tarde de lo que se esperaba. Cuando comenzó a presentar sus excusas, el Profeta lo interrumpió, diciendo: *"Te diré, si lo deseas, qué es lo que te ha retrasado: permaneciste allí mirando fijamente a Uthman y a Ruqayyah y maravillándote por su belleza."* (Suhayli, 205)

La tía del Profeta, Arwa, se decidió por aquel entonces a abrazar el Islam. La causa inmediata de su decisión fue su hijo Tulayb, un joven de quince años, que recientemente había hecho la profesión de fe en casa de Arqam. Cuando se lo contó a su madre, ella dijo: *"Si nosotros pudiéramos hacer lo que los hombres hacen, protegeríamos al hijo de nuestro hermano."* Pero Tulayb se negó a aceptar vaguedad semejante. *"¿Qué te impide abrazar el Islam",* dijo él, *"y seguirle? Tu hermano Hamzah lo ha hecho."* Y cuando ella profirió su habitual excusa de esperar a sus hermanas, él la interrumpió diciendo: *"Te ruego por Dios que vayas y lo saludes y le digas que crees en él y des testimonio de que No hay más dios que Dios."* Ella hizo lo que le habían pedido, y, habiéndolo hecho, tomó coraje y reprendió a su hermano Abu Lahab por la forma de tratar a su sobrino.

Por lo que se refiere a los parientes de Jadiyah, tan pronto como el Islam se hizo conocido en la Meca, su medio hermano Nawfal se convirtió en uno de sus peores y más violentos enemigos. Esto, sin embargo, no evitó que su hijo Aswad abrazase la religión, lo cual fue para Jadiyah una compensación por la enemistad de Nawfal. Pero constituía un contratiempo el que su sobrino favorito, el shamsí Abu- I-As, que era desde hacía ya algunos años yerno suyo, no se hubiese convertido al Islam, al contrario que su mujer, Zaynab. Ahora los jefes de su clan y otros estaban ejerciendo una fuerte presión sobre Abu-I-As para que se divorciase de su mujer. Llegaron hasta el punto de sugerirle que buscarse la novia más rica, mejor relacionada y más hermosa de las disponibles en la Meca, y le prometieron que si se divorciaba de Zaynab unirían sus fuerzas para arreglar el matrimonio en cuestión.

(1) Dicho del Profeta (Ahmad ibn Muhammad ibn Hanbal, IV ,133-4.)

Pero Zaynab y Abu- l-As se amaban profundamente; ella siempre albergaba la esperanza y pedía para que se uniese a ella en el Islam, y él, por su parte, dijo con firmeza a sus compañeros de clan que ya tenía a la mujer de su elección y que no quería a ninguna otra. Hakim, otro de los sobrinos de Jadiyah -el hijo de su hermano Hizam, que casi veinte años antes la había obsequiado con Zayd- conservó, de la misma manera que Abu-l-As, el afecto por su tía y su casa sin renunciar a los dioses del Quraysh; a diferencia de Hakim, Jalid, su hermano, abrazó el Islam.

Tú no puedes dirigir a quien amas. Alá es, más bien, Quien dirige a quien él quiere. Él sabe mejor que nadie quiénes son los que siguen la buena dirección.
(XXVIII, 56)

La verdad expresada en este versículo se repite continuamente en el Corán. Pero si tales Revelaciones ayudaban a aliviar el peso del sentido de responsabilidad del Profeta, no impedían, sin embargo, que se entristeciera por la aversión del primo majzumí, Abdallah. Otro caso semejante, que quizás le causaba incluso más tristeza, era el del hijo de su tío Harith, Abu Sufyan, su hermano de leche, primo suyo y en otro tiempo también amigo. Él había esperado que respondiese a su mensaje, mientras que por el contrario el mensaje abrió una brecha entre ellos, y la reserva y frialdad de Abu Sufyan aumentaron con el paso del tiempo, quizás por influencia de su tío Abu Lahab. A otros también les fue dado sentir la verdad del versículo citado arriba: Abu Bakr había sido seguido en el Islam por su esposa Umm Ruman y por Abdallah y Asma, su hijo e hija de otra mujer, probablemente entonces fallecida. Umm Ruman le acababa de dar una segunda hija a la que llamaron Aishah y que fue, al igual que Usamah el hijo de Zayd, uno de los primeros niños que nacieron en el Islam. Abu Bakr, sin embargo, aunque había sido responsable de tantas conversiones, era incapaz de convertir a su propio primogénito, Abd al-Kaabah, que resistía todos los intentos de su padre y su madre era hijo de Umm Ruman para persuadirlo a abrazar su religión.

Si los creyentes tuvieron decepciones, sus oponentes tuvieron la contrariedad de sentirse cara a cara con una nueva e incalculable presencia en la Meca que amenazaba desbaratar su forma de vida y frustrar todos sus proyectos para el futuro, especialmente los que se relacionaban con los planes para los matrimonios de sus hijos. Los Bani Majzum se habían alegrado cuando su compañero de clan, Abdallah, se había opuesto tan tajantemente en la Asamblea a su primo Muhammad. El hermano de Abdallah, Zuhayr, aunque algo menos hostil hacia la nueva religión, también se había resistido a abrazarla. Como Abdallah, él era hijo de Atikah, la hija de Abd al-Muttalib, pero su padre, ya fallecido, había tenido una segunda esposa también llamada Atikah, que le había dado una hija a la que llamaron Hind. La muchacha era una mujer de gran belleza, entonces con diecinueve años de edad, y no hacía mucho que había sido casada con el primo de sus dos medio hermanos, Abu Salamah, de la otra rama del Majzum. Todo el clan estaba satisfecho de este vínculo establecido entre las dos ramas. Grande fue por lo tanto su consternación cuando se conoció el Islam de Abu Salamah, grande, y doble cuando Hind -ó Umm Salamah, como siempre se la conoce- en lugar de abandonar a su marido se convirtió, como él, en uno de los más leales seguidores del Profeta.

Tras morir el padre de Abu Salamah, su madre, Barraah, se había casado con un hombre del clan qurayshi de Amir, del cual había tenido un segundo hijo conocido como Abu Sabrah. Suhayl, el jefe de Amir, había casado recientemente a su hija Umm Kulthum con Abu Sabrah. Barraah, a diferencia de su hermana Arwa, todavía no había abrazado el Islam; sin embargo, Abu Sabrah estaba sujeto a la influencia del Islam no

solamente a través de su medio hermano Abu Salamah sino también por su madrastra, Maymunah, la segunda esposa de su padre. El Profeta se refería a Maymunah y a sus tres hermanas, las esposas de Abbas, Hamzah y Yafar, cuando dijo: *"Ciertamente las hermanas son sinceras creyentes."* (Ibn Saad, VIII, 203). Y el matrimonio de Maymunah trajo al clan de Amir una poderosa presencia de fe.

Suhayl tenía otra hija, Sahlah, que había dado a Abu Hudayfah, el hijo del líder shamsí Utbah. En los últimos tiempos Amir había estado aumentando su poder con rapidez y se pensó que este matrimonio era ventajoso para ambos clanes. Poco después, sin embargo, la pareja abrazó el Islam fueron seguidos, o precedidos, por la otra pareja, Abu Sabrah y Umm Kulthum. De este modo Suhayl perdió dos hijas para la nueva religión, y dos yernos cuidadosamente escogidos. Igualmente perdió a sus tres hermanos, Hatib Salit y Sakran, y la esposa de Sakran, su prima Sawdah. Aun así, lo peor de todo desde el punto de vista de Suhayl era que su primogénito, Abdallah, también se había convertido en un fiel seguidor del Profeta. Abdallah abrigaba esperanzas de que su padre pudiera unírseles un día, y estas esperanzas eran compartidas por el Profeta mismo, porque Suhayl era un hombre de más piedad e inteligencia que la mayoría de los restantes líderes, e incluso se sabía que había hecho retiros espirituales. Pero hasta ahora se había mostrado hostil hacia la nueva fe, no de forma violenta pero sí decidida, y la desobediencia de sus hijos parecía haber tenido sobre él un efecto endurecedor.

En Abdu Shams, Abu Hudhayfah no era el único hijo de un líder que había desafiado la autoridad paterna. Jalid, que había soñado que el Profeta lo salvaba del fuego, había mantenido en secreto su Islam, pero su padre se enteró de ello y le ordenó que abjurase. Jalid dijo: *"Moriré antes que renunciar a la religión de Muhammad"* (Ibn Saad, IV i, 68), en vista de lo cual fue golpeado inmisericordemente y encerrado en una habitación sin alimento o bebida. Pero al cabo de tres días escapó, y su padre renegó de él sin tomar ninguna otra medida. Utbah fue menos violento y más paciente con Abu Hudhayfah, quien, por otra parte, estaba más apegado a su padre y esperaba que llegase a darse cuenta de los errores de la idolatría.

En cuanto a la línea umayya de Abdu Shams, además del Islam de Uthman y su matrimonio con Ruqayyah, se produjeron otras serias pérdidas. Muchos de sus confederados de los Baní Asad ibn Juzaymah habían profesado igualmente su fe en la nueva religión, catorce en total incluyendo a la familia de los Yahsh que, como primos del Profeta, eran sin duda los líderes. Con estos apreciados confederados Abu Sufyan, el jefe umayya, perdió también a su propia hija, Umm Habibah, a la que había casado con Ubayd Allad ibn Yahsh, el hermano menor de Abdallah.

En el clan de Adi, en una de sus principales familias, la fuerza del vínculo de la verdad para romper vínculos menores se había prefigurado en la última generación. Nufayl había tenido dos hijos, Jattab y Amr, de dos esposas diferentes; a la muerte de Nufayl, la madre de Jattab se casó con su hijastro Amr y le dio un hijo al que llamaron Zayd. Jattab y Zayd eran casi medio hermanos por parte de madre. Zayd era uno de los pocos hombres que, como Waraqah, veía las prácticas idólatras del Quraysh en lo que realmente eran y no solamente rehusaba tomar parte en ellas él mismo sino que incluso se negaba a comer cualquier cosa que hubiese sido sacrificada a los ídolos. Proclamaba que él adoraba al Dios de Abraham, y no vacilaba en rechazar a su gente en público. Jattab, por su parte, un seguidor incondicional de las prácticas ancestrales del Quraysh, estaba escandalizado por la falta de respeto de Zayd hacia los dioses y diosas que ellos adoraban. Así pues lo acosó hasta el punto de obligarlo a abandonar la hondonada de la Meca y a vivir en las colinas que la dominaban; e incluso organizó

una banda de jóvenes a los que dio instrucciones para que no permitiesen a Zayd acercarse al Santuario. En vista de esto el proscrito dejó el Hiyaz y se marchó hasta Mosul en el norte de Iraq y desde allí se dirigió hacia el sudoeste, a Siria, siempre interrogando a los monjes y rabinos acerca de la religión de Abraham, hasta que finalmente conoció a un monje que le dijo que estaba próximo el tiempo en que aparecería un Profeta en el mismo país que había abandonado, que predicaría la religión que él estaba buscando. Zayd volvió entonces sobre sus pasos, pero cuando pasaba por el territorio de los Lajm, en la frontera meridional de Siria, fue atacado y muerto. Cuando Waraqah se enteró de su muerte compuso una elegía en alabanza suya. El Profeta también lo elogió y dijo de él que el día de la Resurrección *"será resucitado como si tuviera, él sólo, la valía de un pueblo."* (1.1.145).

Muchos años habían pasado ya desde la muerte de Zayd; Jattab también había muerto y su hijo Omar mantenía buenas relaciones con Said, el hijo de Zayd, que se había casado con Fatimah, la hermana de Omar. La grieta entre las dos líneas de la familia se había cerrado. Pero con la llegada del Islam, Said fue uno de los primeros en convertirse, mientras que Omar, cuya madre era hermana de Abu Yahl, se convirtió en uno de sus oponentes más encarnizados. Fatimah siguió a su marido, pero no se atrevían a decírselo a su hermano, conociendo su naturaleza violenta. Omar era acosado por el Islam también por otro lado: su mujer Zaynab era hermana de Uthman el hijo de Mazun del clan de Yumah, y este Uthman era por naturaleza un asceta y había tenido tendencias hacia el monoteísmo antes del descenso de la Revelación. Él y sus dos hermanos estuvieron entre los primeros que respondieron a ella, y ellos y Zaynab tenían también tres sobrinos que habían abrazado el Islam. De Zaynab misma, la esposa de Omar, nada se sabe correspondiente a este período, sin duda porque, con quienquiera que estuviesen sus simpatías, tenía poderosas razones para guardarlas en secreto. Su hermano Uthman era incluso más intransigente que Omar, aunque menos violento.

Zaynab y sus hermanos eran primos menores del jefe de su clan, Umayyah ibn Jalaf, que era uno de los enemigos más implacables del Islam como lo era su familia más próxima. Fue su hermano Ubayy quien un día presentó un hueso podrido al Profeta y le dijo: *"Muhammad, ¿afirmas tu a pesar de todo, que Dios puede devolver esto a la vida?"* Entonces, con una sonrisa desdeñosa desmenuzó el hueso en su mano y arrojó los fragmentos a la cara del Enviado, que dijo: *"Aún y así, ciertamente afirmo: Él lo resucitará citará, y a ti también cuando estés como este hueso está ahora. Luego El te hará entrar en el fuego."* (1.1.145). La siguiente Revelación se refiere a Ubayy: *Se olvidó de su propia creación y dijo:*

**Nos propone una parábola y se olvida de su propia creación. Dice:
"¿Quién dará vida a los huesos, estando podridos?"
(XXXVI, 78)**

La Hora

Uno de los argumentos más frecuentes de los incrédulos era que si Allah verdaderamente tenía un mensaje para ellos debía haber enviado un ángel. A esto el Corán respondía: Di:

"Si hubiera habido en la tierra ángeles andando tranquilamente, habríamos hecho que les bajara del cielo un ángel como enviado".
(XVII, 95)

El descenso de Gabriel de cuando en cuando no lo hacía un Enviado en el sentido coránico del término. Para eso era necesario estar situado sobre la tierra entre el pueblo al que el mensaje se iba a revelar. La Revelación también decía: Los que no cuentan con encontrarnos, dicen:

"¿Por qué no se nos han enviado de lo alto ángeles o por qué no vemos a nuestro Señor?" Fueron altivos en sus adentros y se insolentaron sobremanera.
El día que vean a los ángeles, no habrá, ese día, buenas nuevas para los pecadores. Dirán: "¡Límite infranqueable!"
(XXV, 21-22).

Es decir, llamarán pero en vano, para que se restablezca la barrera entre el Cielo y la tierra. Ése será el final, cuando el contacto directo con el Cielo cause la destrucción de las condiciones terrenas del tiempo y espacio y la desintegración de la tierra misma.

El día que los hombres parezcan mariposas dispersas y las montañas copos de lana cardada,
(CI, 4-5)

Si no creéis, ¿cómo vais a libraros de un día que hará encanecer a los niños?
(LXXIII, 17)

Te preguntan por la Hora: "¿Cuándo llegará?" Di: "Sólo mi Señor tiene conocimiento de ella. Nadie sino Él la manifestará a su tiempo. Abruma en los cielos y en la tierra. No vendrá a vosotros sino de repente",. Te preguntan a ti como si estuvieras bien enterado. Di: "Sólo Alá tiene conocimiento de ella". Pero la mayoría de los hombres no saben.
(VII, 187)

Su momento no ha llegado todavía, y cuando las escrituras hablan de ello como cercano hay que recordar que Ciertamente un día con tu Señor es como mil años de los que vosotros contáis.

Te piden que adelantes la hora del castigo, pero Alá no faltará a Su promesa. Un día junto a tu Señor vale por mil años de los vuestros.
(XXII, 47)

Pero el periodo del mensaje es sin embargo una anticipación de la Hora.

Esto es según la naturaleza de las cosas, no de las cosas terrenas mismas, sino en un contexto más amplio. Porque si hay una intervención Divina para establecer una nueva religión, tiene que haber forzosamente un paso a través de la barrera existente entre el Cielo y la tierra, una abertura no tan grande como para transformar las condiciones terrenas pero lo suficiente como para hacer del tiempo de la misión del Profeta uno sumamente excepcional, como lo fueron los tiempos de Jesús, Moisés, de Abraham y de Noé. El Corán dice de la Noche de la Majestad, Laylat al-Qadr, la noche en que Gabriel se apareció a Muhammad(saws) en la cueva del Monte Hira:

**La noche del Destino vale más de mil meses.
Los ángeles y el Espíritu descienden en ella, con permiso de su Señor, para
fijarlo todo.
(XCVII, 3-4)**

Y algo de ese estado absolutamente incomparable se desbordó necesariamente en todo el período de la relación entre el Profeta y el Arcángel.

Anticipar la Hora es anticipar el Juicio: y el Corán no hacía mucho que había declarado ser al-Furqan, el Criterio, la Discriminación. Lo mismo tiene que aplicarse a todas las Escrituras reveladas, porque una Revelación es una presencia de lo eterno en lo efímero, y esa presencia espiritual precipita algo de un juicio final. Esto quiere decir que en muchos casos, independientemente por completo de lo que Muhammad(saws) pudiera profetizar, los destinos últimos del Paraíso o del Infierno se manifestaban claramente. Las profundidades ocultas del bien y del mal eran convocadas a la superficie. La presencia del Mensajero también tenía que operar un efecto paralelo, porque el poder de atracción de su guía media la total perversidad de quienes se oponían a ella, mientras que atraía a quienes la aceptaban a la misma órbita de su propia perfección.

Era inmediatamente comprensible que la Revelación debía hacer superarse a los buenos. Pero no sólo fue doloroso sino también motivo de perplejidad para muchos creyentes el que aquellos a quienes siempre habían considerado como no malos se convirtiesen de pronto en abiertamente malvados. El Corán les dice que tienen que esperar esto, porque sus versículos aumentan la oposición de sus peores enemigos.

**Hemos expuesto en este Corán para que se dejen amonestar, pero esto no
hace sino acrecentar su repulsa.
(XVII, 41)**

**Y cuando te dijimos: "Tu Señor cerca a los hombres". No hicimos del sueño
que te mostramos y del árbol maldito mencionado en el Corán sino tentación
para los hombres. Cuanto más les amedrentamos, más aumenta su rebeldía.
(XVII, 60)**

Nadie con anterioridad había sido consciente de la naturaleza fundamental de Abu Lahab; por tomar otro ejemplo, Abd al-Rahman ibn Awf había sido incluso más o menos amigo del jefe de Yumah, Umayyah ibn Jalaf. El Corán ofrece un elevado paralelo al contar cómo se quejaba Noé a Dios de que su mensaje sólo servía para ensanchar la brecha entre él y la mayoría de su pueblo y para extraviarlos más aún.

Tres preguntas

En cada asamblea del Quraysh no faltaba alguna discusión acerca del que consideraban su mayor problema; y ahora decidieron enviar una delegación a Yathrib para consultar a los rabinos judíos: *"Preguntadles acerca de Muhammad"*, dijeron a sus dos emisarios. *"Describídselo, y decidles lo que dice, porque ellos son la gente de la primera Escritura y tienen un conocimiento de los Profetas que nosotros no tenemos"*. Los rabinos enviaron la respuesta: *"Preguntadle sobre las tres cosas en las que os instruiremos. Si os habla de ellas, entonces es un Profeta enviado por Dios, pero si no, entonces el hombre es un falsario. Preguntadle sobre unos jóvenes que abandonaron a su gente en la antigüedad. Qué les sucedió, por qué de ellos se cuenta una historia asombrosa. Y pedidle noticias de un viajero a distantes lugares, que por el este y el oeste llegó a los confines de la tierra. Preguntadle por último sobre el Espíritu, qué es. Si os cuenta todas estas cosas, entonces seguidle, porque es un Profeta."*

Cuando los enviados volvieron a la Meca con sus nuevas, los líderes del Quraysh enviaron al Profeta las tres preguntas. Él dijo: *"Mañana os lo contaré"*, pero no dijo *"Si Dios quiere"*; y cuando vinieron por las respuestas tuvo que aplazaras, y así continuó día tras día hasta que hubieron pasado quince noches y todavía no había recibido Revelación alguna ni Gabriel le había visitado desde que le habían planteado las preguntas. La gente de la Meca se mofaba de él, y él estaba afligido por lo que decían y enormemente entristecido porque no había recibido la ayuda que esperaba. Entonces Gabriel le trajo una Revelación que le reprochaba su aflicción por lo que su gente decía, y le daba las respuestas a las tres preguntas. La larga espera que había tenido que soportar se explicaba en estas palabras:

**Y no digas a propósito de nada: "Lo haré mañana",
sin: "si Alá quiere". Y, si te olvidas de hacerlo, recuerda a tu Señor, diciendo:
"Quizá mi Señor me dirija a algo que esté más cerca que eso de lo recto".
(XVIII, 23-24).**

Pero el retraso de esta Revelación, aunque doloroso para el Profeta y sus seguidores, fue en realidad una fuerza añadida. Sus peores enemigos se negaron a sacar conclusiones de ello; pero para los numerosos qurayshíes, que aun eran ambivalentes, este retraso ayudaba a confirmar aquello que Muhammad (saws) afirmaba: *"Que la Revelación descendía de la dimensión celestial y que El no tenía parte ni control sobre ello"*. ¿Era posible que si Muhammad había inventado las anteriores Revelaciones se hubiese retrasado tanto a la hora de forjar esta última, especialmente cuando parecía que había tanto en juego?

Los creyentes también extrajeron fuerza, como siempre, de la Revelación. Cuando el Quraysh preguntaba por la historia de los jóvenes de la antigüedad que dejaron a su gente -una historia que nadie en la Meca había oído jamás- no sabían que podía tener una relación con la situación del momento, para descrédito suyo y honra de los creyentes. A menudo se la llama historia de los durmientes de Éfeso, porque fue allí, a mediados del siglo III de nuestra era, donde algunos jóvenes se mantuvieron fieles a la adoración del Dios Único cuando su pueblo había caído en la idolatría y los perseguía por no hacer lo mismo. Para escapar de esta persecución se refugiaron en una caverna, donde, milagrosamente, quedaron dormidos durante más de 300 años.

Además de lo que los judíos ya sabían, la narración coránica (XVIII, 9-25) contaba detalles que ningún ojo humano había visto, tales como su apariencia mientras dormían su sueño libre de testigos en la cueva, durante siglos, y cómo su fiel perro yacía en el umbral con las patas delanteras extendidas.

En cuanto a la segunda cuestión, el gran viajero se llama Dhu-I-Qarnayn, el de los dos cuernos. La Revelación menciona su viaje al confín del occidente y al confín del oriente. Luego, respondiendo más de lo que se preguntaba, el Profeta habló de un misterioso tercer viaje a un lugar entre dos montañas; allí, la gente le pidió que levantase una barrera para protegerlos de Gog y Magog y otros "yins" que estaban devastando su tierra; Dios le dio poder entonces para confinar a los malos espíritus dentro de los límites de un espacio del cual no saldrán hasta un día fijado por Dios (XVIII, 93-99), cuando, según el Profeta, efectuarán una terrible destrucción sobre la faz de la tierra. Su irrupción tendría lugar antes de la Hora final, pero sería una de las señales de que el fin estaría cerca.

En respuesta a la tercera pregunta, la Revelación afirmó la trascendencia del Espíritu sobre la mente del hombre, la cual es incapaz de asirlo:

Te preguntan por el espíritu. Di: "El espíritu procede de la orden de mi Señor". Pero no habéis recibido sino poca ciencia.
(XVII, 85)

Los judíos habían ansiado oír las respuestas dadas por Muhammad a sus preguntas, y, respecto a esta última frase sobre el conocimiento, en cuanto tuvieron ocasión le preguntaron si se refería a su pueblo o a ellos. "A ambos", dijo el Profeta, ante lo cual objetaron que a ellos les había sido dado el conocimiento de todas las cosas, porque habían leído la "Torá", en la que había una exposición de todas las cosas, como el Corán mismo afirmaba

Dimos, además, la Escritura a Moisés como complemento, por el bien que había hecho, como explicación detallada de todo, como dirección y misericordia. Quizás, así, crean en el encuentro de su Señor.
(VI, 154)

El Profeta respondió: Eso no es sino poco con respecto al Propio Conocimiento de Allah; sin embargo, en ello tenéis bastante para vuestras necesidades, silo practicáis." *Fue entonces cuando se produjo la Revelación sobre las Palabras de Dios, que simplemente expresa una parte de Su conocimiento:*

Si se hicieran calamos de los árboles de la tierra, y se añadieran al mar, luego de él, otros siete mares más, no se agotarían las palabras de Alá. Alá es poderoso, sabio.
(XXXI, 27)

Los líderes del Quraysh no se sintieron obligados a seguir el consejo de los rabinos, ni los mismos rabinos reconocieron al Profeta, a pesar de haber respondido a sus preguntas más allá de lo esperado. Aun así, las respuestas sirvieron para convertir a otros; y cuanto más aumentaban sus seguidores, mayor era el sentimiento de sus oponentes de que su comunidad y su forma de vida estaban en peligro, a la vez que con una mayor resolución organizaban la persecución de todos los conversos que podían ser maltratados impunemente. Cada clan se encargaba de sus propios musulmanes: los encerraban y atormentaban golpeándolos y haciéndoles pasar hambre y sed; los extendían sobre la tierra endurecida por el sol de la Meca cuando éste estaba en su cenit para hacerles renunciar a su religión.

El jefe de Yumah, Umayyah, tenía un esclavo africano llamado Bilal que era un firme creyente. Umayyah lo sacaba a mediodía a un espacio abierto y lo mantenía contra el suelo con una gran roca sobre su pecho, jurando que permanecería así hasta que muriese o renunciase a Muhammad y adorase a al-Lat y al-Uzzah. Mientras soportaba esto, Bilal decía: *"Uno, Uno"*. Y sucedió que un día, cuando el esclavo estaba sufriendo este tormento, acertó a pasar por allí el anciano Waraqah, el cual no dejaba de oírle repetir: *"Uno, Uno."* *"Ciertamente es Uno, Uno, ¡Oh, Bilal!"*, dijo entonces. Luego, volviéndose a Umayyah dijo: *"Juro por Dios que si lo matas así haré de su tumba un Santuario."*

No todos los hombres del Quraysh vivían entre su propio clan, y Abu Bakr había adquirido una casa entre las moradas de los Bani Yumah. Esto significaba que tenían más oportunidades de ver al Profeta que la mayoría de los otros clanes, ya que éste solía visitar a Abu Bakr todas las tardes. Se dice que parte del mensaje de un Profeta está siempre escrito en su cara. La cara de Abu Bakr era también como un libro, y su presencia en aquel barrio de la Meca, en un principio bienvenida como una ventaja por todo el clan, era ahora una fuente de inquietudes para sus líderes. A través de él, Bilal había abrazado el Islam, y, cuando vio cómo lo torturaban, le dijo a Umayyah: *"¿No tienes temor de Dios, para tratar así a un pobre hombre?"* *"Tú eres quien lo ha corrompido,"* respondió Umayyah, *"así pues, sálvalo de lo que estás viendo."* *"Lo haré"*, dijo Abu Bakr. *"Tengo un joven negro que es más resistente y más robusto que él, un hombre de tu religión. Te lo daré por Bilal."* Umayyah consintió y Abu Bakr se llevó a Bilal y le dio la libertad.

Entre los más implacables perseguidores se encontraba Abu Yahl. Si un converso tenía una familia poderosa que lo defendiese, Abu Yahl solamente lo insultaba, prometía arruinar su reputación y hacer de él un hazmerreír. Si se trataba de un comerciante, lo amenazaba con paralizar sus transacciones organizando un boicot general de sus mercancías de modo que se arruinase. Si el converso era una persona débil y desprotegida de su propio clan, hacía que se le torturara, y tenía aliados poderosos en muchos otros clanes a los que podía persuadir para que hicieran lo mismo con sus propios conversos débiles y carentes de protección.

Por mediación suya sus compañeros de clan torturaron a tres de sus confederados más pobres, Yasir y Sumayyah y su hijo Ammar. Se negaron a renunciar al Islam, y Sumayyah murió debido a las heridas que le causaron. Pero algunas de las víctimas de Majzum y de otros clanes no podían aguantar lo que se les hacía sufrir, y sus perseguidores lograban reducirlos a un estado en el que podían asentir a cualquier cosa. Les decían: *"¿No son al-Lat y al-Uzzah vuestros dioses al igual que Allah?"* y ellos contestaban *"sí"*, y si un escarabajo se arrastraba delante de ellos y les preguntaban: *"¿No es este escarabajo vuestro dios al igual que Allah?"*, ellos respondían que sí, tan sólo para poder salir de un sufrimiento que inútilmente hubieran podido soportar.

Estas retractaciones eran de palabra, no de corazón. Pero quienes las habían hecho ya no podían practicar el Islam, salvo en la mayor intimidad, - de la que muchos de ellos carecían por completo -. Sin embargo, tenían un ejemplo en la historia recientemente revelada de los jóvenes que habían abandonado sus dioses. Y cuando el Profeta vio que, aunque él estaba a salvo de la persecución muchos de sus seguidores no lo estaban, les dijo: *"Si vais al país de los abisinios, encontraréis allí un rey bajo el cual nadie padece el mal. Es un país de sinceridad en la religión. Hasta el tiempo en que Dios os proporcione los medios para aliviar lo que ahora sufrís."* (Ibn Ishaq, 208). Así pues, algunos de sus compañeros partieron para Abisinia, y ésta fue la primera emigración en el Islam.

Abisinia

Los emigrantes fueron bien recibidos en Abisinia, y se les dio la libertad de culto. En total, sin contar a los niños pequeños que se llevaron consigo, eran unas ochenta personas; pero no todos se fueron al mismo tiempo. Su huida se planeó en secreto y se llevó a cabo discretamente en pequeños grupos. De haberlo sabido, sus familias hubieran querido y podido impedirles la marcha; pero el traslado había sido completamente inesperado y no supieron comprender lo que estaba ocurriendo hasta que todos los creyentes alcanzaron su destino. Los líderes del Quraysh, sin embargo, de ninguna manera estaban dispuestos a dejarlos en paz para que establecieran allí, más allá de su control, una comunidad peligrosa que podría decuplicar su número si otros conversos se le unían. Elaboraron, pues, un plan rápidamente y dispusieron cierta cantidad de obsequios del género que se sabía que los abisinios estimaban más. Por encima de todo apreciaban el trabajo del cuero, así pues reunieron gran número de finas pieles, suficientes para hacer un rico soborno a cada uno de los generales del Negus. Había también valiosos presentes para el Negus. Luego escogieron cuidadosamente a dos hombres, uno de los cuales era Amr ibn al-As, del clan de Sahm. El Quraysh les dijo lo que tenían que hacer exactamente; tenían que abordar a cada uno de los generales por separado, darles su obsequio y decirles: *"Algunos necios jóvenes y mujeres de nuestro pueblo han tomado refugio en este reino. Han abandonado su propia religión, no por la vuestra, sino por una que se han inventado, una que nos es desconocida a nosotros y a vosotros mismos. A causa de ellos los nobles de su pueblo nos han enviado a vuestro rey, para que él los devuelva a casa. En consecuencia, cuando habléis con él sobre ellos, aconsejadle que nos los entregue y que no hable con ellos, porque su pueblo entiende mejor cual es su situación"*. Los generales se mostraron todos de acuerdo, y los dos hombres del Quraysh llevaron sus presentes al Negus, pidiendo que se les entregaran los emigrados y explicando el porqué, tal como lo habían hecho a los generales, y añadiendo finalmente: *"Los nobles de su pueblo, que son sus madres, sus tíos y sus parientes, te ruegan que se los devuelvas"*. Los generales se encontraban presentes en la audiencia y, entonces, al unísono, instaron al Negus a acceder a su petición y a entregar a los refugiados, ya que los parientes son los mejores jueces de los asuntos de sus parientes. Pero el Negus se disgustó y dijo: *"¡No, por Dios, no serán traicionadas unas personas que han buscado mi protección, han hecho de mi país su morada y me han elegido por encima de todos los demás!. No los entregaré hasta que los haya convocado e interrogado sobre lo que estos hombres dicen de ellos. Si es como han dicho, entonces los pondré a su disposición para que los devuelvan a su gente. Pero si no, seré su buen protector mientras en mí busquen refugio."*

Entonces envió por los compañeros del Profeta y, al mismo tiempo, reunió a sus obispos, que se trajeron sus libros sagrados y los dispusieron abiertos alrededor del trono. Amr y su compañero enviado habían esperado evitar esta reunión entre el Negus y los refugiados, y les interesaba impedirla, incluso más de lo que ellos suponían. Ignoraban que los abisinios, aunque los toleraban por razones políticas y comerciales, los miraban por encima del hombro como idólatras y eran conscientes de la existencia de una barrera entre ellos. Ellos, que eran cristianos muchos de ellos fervientes, que habían sido bautizados, adoraban al Dios Único y llevaban en su carne el sacramento de la Eucaristía. Como tales, eran sensibles a la diferencia entre lo sagrado y lo profano, y eran plenamente conscientes de la profanidad de hombres como Amr. Por lo mismo fueron tanto más receptivos -ninguno más que el mismo Negus- a la impresión de bendita seriedad e intensidad que la compañía de los

creyentes les produjo. Éstos fueron introducidos en la sala del trono, y un murmullo de admiración surgió de los obispos y de los otros cuando reconocieron que allí tenían ante sí a hombres y mujeres más semejantes a ellos mismos que a los qurayshíes que habían encontrado con anterioridad. Además, la mayoría de ellos eran jóvenes y en muchos de ellos una gran belleza natural realzaba su porte piadoso.

No para todos ellos había sido una necesidad la emigración. La familia de Uthman había dejado de intentar que se retractase, pero el Profeta, sin embargo, le permitió marchar y llevarse a Ruqayyah. Su presencia supuso una fuente de fuerza para la comunidad de exiliados. Otra pareja de buen ver eran Yafar y su esposa Asma. Estaban bien protegidos por Abu Talib; pero los refugiados necesitan un portavoz y Yafar era un orador elocuente. Él era también muy agraciado en cuanto a su persona, y el Profeta le dijo en una ocasión: *"Te pareces a mí en la apariencia y en el carácter."* (Ibn Saad, IV/ 1, 24). Era a Yafar a quien había elegido para presidir la comunidad de exiliados, y sus cualidades de atracción e inteligencia eran ampliamente secundadas por Musab de Abd ad-Dar, un joven al que el Profeta (saws) habría de confiar más tarde una misión de inmensa importancia en virtud de sus dotes naturales. Igualmente notable era un joven majzumí conocido como Shammas, cuya madre era hermana de Utbah. Su nombre, que significa "diacono", le fue dado porque en una ocasión la Meca había sido visitada por un dignatario cristiano de ese rango, un hombre tan excepcionalmente hermoso que provocó la admiración general, ante lo cual Utbah había dicho *"Os mostraré un shammas más hermoso que él"*, y fue y trajo ante ellos al hijo de su hermana. Zubayr, hijo de Safiyyah, también estaba presente, al igual que otros primos del Profeta: Tulayb el hijo de Arwa, dos hijos de Umaymah, Abdallah ibn Yahsh y Ubaydallah, junto con la esposa umayya de Ubaydallah, Umm Habibah; los dos hijos de Barraah, Abu Salamah y Abu Sabrah, ambos con sus esposas. La mayoría de los relatos de esta primera emigración se han transmitido a través de la hermosa Umm Salamah.

Cuando todos estuvieron reunidos, el Negus les habló y dijo: *"¿Cuál es esta religión por la que os habéis separado de vuestro pueblo, aunque no habéis abrazado la mía ni la de ninguna de las naciones que nos rodean?"*. Y Yafar le respondió diciendo: *"Oh Rey, nosotros éramos un pueblo empapado en la ignorancia, que adoraba ídolos, comía carroña sin sacrificar, cometía abominaciones, y en el que el fuerte devoraba al débil. Así éramos, hasta que Dios nos envió un Mensajero de entre nosotros, uno cuyo linaje conocíamos, al igual que su veracidad, su mérito de confianza e integridad. Para dar testimonio de la Unidad de Dios nos convocó ante el mismo Dios. Para dar testimonio, para que lo adorásemos y renunciásemos a lo que nosotros y nuestros padres habíamos adorado en la forma de piedras y de ídolos, y nos ordenó decir la verdad, cumplir nuestras promesas, respetar los lazos de parentesco y los derechos de nuestros vecinos, y abstenernos del crimen y el derramamiento de sangre. Adoramos, pues, a Dios solo, sin poner nada a su lado, considerando prohibido cuanto Él ha prohibido y lícito lo que es permitido por Él. Por estas razones nuestro pueblo se ha vuelto contra nosotros, y nos ha perseguido para hacernos renunciar a nuestra religión y volver de la adoración de Dios a la adoración de los ídolos. Por eso hemos venido a tu país, habiéndote elegido a ti sobre los otros: bajo tu protección hemos sido felices, y es nuestra esperanza, ¡oh Rey!, que aquí, contigo, no suframos más persecución."*

Los intérpretes reales tradujeron todo lo que había dicho. El Negus preguntó entonces si tenían con ellos alguna Revelación que su Profeta les hubiera dado del Dios Único, y cuando Yafar contestó que sí tenían, dijo: *"Entonces, recítamela"*. Y Yafar

recitó un pasaje del Sura de María. Era una azora llena de belleza, que había sido revelada poco antes de su partida:

Y recuerda a María en la Escritura, cuando dejó a su familia para retirarse a un lugar de Oriente.

Y tendió un velo para ocultarse de ellos. Le enviamos Nuestro Espíritu y éste se le presentó como un mortal acabado.

Dijo ella: "Me refugio de ti en el Compasivo. Si es que temes a Alá..."

Dijo él: "Yo soy sólo el enviado de tu Señor para regalarte un muchacho puro".

Dijo ella: "¿Cómo puedo tener un muchacho si no me ha tocado mortal, ni soy una ramera?"

"Así será", dijo. "Tu Señor dice: 'Es cosa fácil para Mí. Para hacer de él signo para la gente y muestra de Nuestra misericordia'. Es cosa decidida".

(XIX, 16-21)

El Negus lloró, y lo mismo hicieron sus obispos, al escucharlo recitar, y cuando se tradujo lo recitado volvieron a llorar, y el Negus dijo: *"Verdaderamente esto procede de la misma fuente que lo que Jesús trajo"*. Entonces se volvió hacia los dos enviados del Quraysh y dijo: *"Os podéis marchar, porque por Dios no os los voy a entregar; no serán traicionados."*

Pero cuando se retiraron de la presencia real, Amr dijo a su compañero: *"Mañana le contaré una cosa que arrancará de raíz esta verdeante prosperidad que disfrutan. Le diré que afirman que Jesús, el hijo de María, es un esclavo"*. Así pues, a la mañana siguiente se dirigió al Negus y dijo: *"¡Oh Rey!, cuentan estos una mentira enorme sobre Jesús el hijo de María. Envía si no por ellos y pregúntales qué dicen de él"*. Les mandó entonces acudir de nuevo a su presencia y contarle lo que decían de Jesús, lo cual los inquietó, porque, hasta entonces, nunca les había sucedido nada de esta naturaleza. Consultaron entre sí para saber qué debían responder cuando se les planteara la cuestión, aunque todos sabían que no podían tener otra elección que la de decir lo que Dios había dicho. Por lo tanto, cuando se presentaron ante el rey y se les preguntó: *"¿Qué decís de Jesús el hijo de María?"*. Yafar respondió: *"Decimos de él lo que nuestro Profeta nos trajo: que es el siervo de Dios y Su Enviado y Su Espíritu y Su Palabra que Él depositó en María, la virgen Bendita"*. El Negus cogió un trozo de madera y dijo: *"Jesús el hijo de María no excede lo que habéis dicho en la longitud de esta vara. Y cuando los generales que lo rodeaban bufaron, añadió: "A pesar de que buféis".* Luego se volvió hacia Yafar y sus compañeros y dijo: *"id tranquilos, porque estáis a salvo en mi país. Ni por montañas de oro dañaría a un solo hombre de vosotros"*; con un movimiento de la mano hacia los enviados del Quraysh dijo a su acompañante: *"Devolved a estos hombres sus presentes, porque no me sirven para nada. Así, Amr y el otro hombre volvieron vergonzosamente a la Meca."*

Mientras tanto, las noticias de lo que el Negus había dicho sobre Jesús se difundieron entre el pueblo, que, perturbado, se declaró contra él, pidiendo una explicación y acusándolo de haber abandonado su religión. Él, entonces, envió a Yafar y a sus compañeros y dispuso botes para ellos y les dijo que embarcasen y estuviesen dispuestos a hacerse a la vela si fuese necesario. Luego tomó un pergamino y escribió en él: *"Él da testimonio de que no hay dios sino Dios y que Muhammad es Su siervo y Enviado y que Jesús el hijo de María es Su siervo y Enviado y Su Espíritu y Su palabra que Él depositó en María"*. Luego lo guardó bajo su túnica y salió ante su gente, que se había congregado para entrevistarse con él. Y les dijo: *"¡abisinios! ¿No tengo yo el*

mayor derecho para ser vuestro rey?". Dijeron que lo tenía. "Entonces, ¿qué pensáis de mi vida entre vosotros?". "Ha sido la mejor de las vidas", respondieron. "Luego ¿qué es lo que os preocupa?", dijo él. "Has abandonado nuestra religión", dijeron, "y has sostenido que Jesús es un esclavo". "¿Qué decís, entonces, vosotros de Jesús?", les preguntó. "Decimos que es el hijo de Dios", contestaron. Entonces él se puso la mano en el pecho, señalando hacia donde estaba oculto el pergamino, y dio testimonio de su creencia en "esto", lo cual consideraron que se refería a las palabras de ellos. (Ibn Ishaq, 224). Quedaron pues satisfechos y se marcharon, porque vivían felices bajo su gobierno y sólo deseaban ser tranquilizados. El Negus, entonces, envió un mensaje a Yafar y sus compañeros diciéndoles que podían desembarcar y regresar a sus moradas, donde siguieron viviendo como antes, con seguridad y bienestar.

Omar

Cuando los dos enviados regresaron a la Meca con las noticias de que habían sido desairados y de que los musulmanes habían sido establecidos en el favor del Negus, el Quraysh quedó indignado y consternado. Inmediatamente se pusieron a intensificar su represión y persecución de los creyentes, en gran medida bajo la dirección de Abu Yahl, cuyo sobrino Omar era uno de los más violentos y desenfrenados a la hora de cumplir sus instrucciones. En aquel tiempo, Omar tenía unos veintiséis años y era un joven voluntarioso y de gran resolución que no se desalentaba con facilidad. Pero a diferencia de su tío, él era piadoso, y ahí descansaba realmente su principal motivo para oponerse a la nueva religión. Jattab lo había criado para venerar la Kaabah y respetar todo lo que había llegado a estar inseparablemente relacionado con ella en la forma de dioses y diosas. Todo ello estaba entretelado para él en una unidad sagrada que no había que cuestionar y menos aún forzar. El Quraysh también había sido uno; pero la Meca era ahora una ciudad de dos religiones y dos comunidades. Él veía claramente, además, que el conflicto tenía una sola causa. Quitar del medio al hombre que era esa causa, y pronto todo volvería a ser como antes. No había otro remedio, pero ése sería el más seguro. Continuó meditando en ese sentido y, al final, llegó el día -fue poco después del regreso de los fracasados enviados a Abisinia- en que un arrebato de ira lo incitó a la acción y, tomando la espada, salió de su casa. Apenas había traspasado el umbral cuando se encontró cara a cara con Nuaym ibn Abdallah, uno de sus compañeros de clan. Nuaym había abrazado el Islam pero lo mantenía en secreto por temor a Omar y a otros de su gente. La expresión ceñuda que vio entonces en el rostro de Omar le movió a preguntarle a dónde iba. *"Voy a la casa de Muhammad, ese renegado que ha dividido al Quraysh en dos"*, dijo Omar, *"y lo mataré"*. Nuaym intentó detenerlo señalando que él mismo moriría. Pero cuando vio que Omar prestaba oídos sordos a semejante argumento pensó en otra manera de, al menos, retrasarlo, para que diese tiempo a dar la alarma. Esto significaría traicionar un secreto de correligionarios musulmanes que, como él mismo, ocultaban su Islam; pero sabía que lo perdonarían, e incluso le aplaudirían, a la vista de las circunstancias. *"¡Oh, Omar!"* dijo *"¿por qué no vuelves primero con la gente de tu propia casa y los confrontas por sus creencias?"*. *"¿Qué personas de mi casa?"* dijo Omar. *"Tu cuñado Said y tu hermana Fatimah"*, dijo Nuaym, *"ambos siguen a Muhammad en su religión. Tú puedes ser el responsable si los dejas seguir como están"*. Sin decir palabra Omar se volvió y se encaminó derecho a la casa de su hermana. Había entonces un confederado pobre de Zuhrah llamado Jabbab, que a menudo iba a recitarles el Corán a Said y Fatimah; en aquel momento se encontraba con ellos, con algunas páginas escritas del Sura llamada Ta-ha (XX), que acababa de ser revelada y que estaban leyendo juntos. Cuando escucharon la voz de Omar gritando airadamente el nombre de su hermana mientras se aproximaba, Jabbab se ocultó en un rincón de la casa y Fatimah tomó el manuscrito y lo guardó bajo su túnica. Pero Omar había oído el sonido de la lectura, y cuando entró les dijo: *"¿Qué era ese chismorreó que oí?"*. Intentaron asegurarle que no había oído nada. "Por cierto que lo oí", dijo, *"y me han dicho que ambos os habéis hecho seguidores de Muhammad"*. Entonces se lanzó contra su cuñado y se enzarzó con él, y cuando Fatimah acudió en defensa de su marido, Omar le dio un violento golpe. *"Pues sí, así es"*, decían, *"somos musulmanes y creemos en Allah y en Su Enviado. Haz pues lo que desees"*. La herida de Fatimah sangraba, y cuando Omar vio la sangre lamentó lo que había hecho. Se produjo un cambio en él y le dijo a su hermana: *"Dame esa escritura que os oí leer para que vea qué es lo que Muhammad ha traído"*. Al igual que ellos, Omar sabía leer, pero cuando pidió la escritura ella dijo: *"Tememos confiártela"*. *"No temáis"*, dijo él, y, desabrochando el cinturón de la espada y deponiendo ésta, juró por sus dioses que se la devolvería

cuando la hubiera leído. Fatimah podía ver que se había ablandado y se sintió invadida por el anhelo de que abrazase el Islam. *"¡Oh, hermano mío!",* dijo, *"tú eres impuro en tu idolatría y sólo los puros pueden tocarlo".* Omar fue entonces a lavarse y su hermana le dio la página en la que estaba escrito el comienzo de Ta-Ha. Comenzó a leerlo, y cuando hubo leído un pasaje, dijo: *"¡Qué hermosas y qué nobles palabras!"* Cuando Jabbab oyó esto salió de su escondite y dijo: "Omar, tengo la esperanza de que Dios te haya elegido por la plegaria de su Profeta, al cual ayer le oí pedir: *"¡Oh Dios, fortalece el Islam con Abu-l-Hakam el hijo de Hisham o con Omar el hijo de Jattab!".* "Oh Jabbab!" dijo Omar, *"¿dónde estará ahora Muhammad, para poder ir a verlo y abrazar el Islam?"*. Jabbab le dijo que estaba con sus compañeros; Omar se ciñó la espada y salió para Safa, llamó a la puerta de la casa y dijo quién era. Habían sido puestos sobre aviso por Nuaym, por lo que su llegada no era inesperada, pero quedaron desconcertados por el tono suave de su voz. Uno de los compañeros se acercó a la puerta, miró a través de una hendidura y se volvió consternado. *"¡Oh, Enviado de Dios",* dijo, *"ciertamente es Omar y viene con la espada al cinto!",* "Que entre", dijo Hamzah. *"Si ha venido con buenas intenciones, le daremos abundante bien, y, si su intención es mala, le daremos muerte con su propia espada".* El Profeta consintió que se le permitiese entrar, y avanzando para recibirlo, lo tomó por el cinto y lo llevó al centro de la habitación, diciendo: *"¿Qué te ha traído por aquí, oh hijo de Jattab?. No puedo verte desistiendo hasta que Dios te envíe alguna desgracia".* *"¡Oh, Enviado de Dios",* dijo Omar, *"he venido ante ti para poder declarar mi fe en Dios y su Enviado y en lo que Él ha traído de Allah!".* "Allahu Akbar (Allah es el más grande)", dijo el Profeta, de una forma tal que todos los hombres y mujeres que había en la casa supieron que Omar había abrazado el Islam, y todos se regocijaron. (Ibn Ishaq, 227).

No se planteaba el que Omar fuera a mantener en secreto su conversión. Deseaba contárselo a todo el mundo, en particular a quienes eran más hostiles al Profeta. Años después solía decir: *"Cuando abracé el Islam, aquella noche, pensé para mí: ¿Quién de entre las gentes de la Meca es el enemigo más violento del Enviado de Dios, para ir ante él y decirle que me he hecho musulmán?. Mi respuesta fue: Abu Yahl. Así pues, a la mañana siguiente fui y llamé a su puerta, y Abu Yahl salió y dijo: «¡La mejor de las bienvenidas para el hijo de mi hermana!, ¿Qué te trae por aquí?».* Yo respondí: *«He venido para decirte que creo en Dios y en Su Enviado Muhammad; y doy testimonio de la verdad de lo que ha traído». «¡Dios te maldiga!»* dijo él, *«¡Y que su maldición sea sobre las nuevas que has traído!».* Entonces me cerró violentamente la puerta." (Ibn Ishaq, 230).

Paraíso y eternidad

Otro de los emigrados que regresaron y que pidieron ayuda contra su propia gente fue el cuñado de Omar, Uthman Ibn Mazun de Jumah, porque sabía bien que sus primos Umayyah y Ubayy lo perseguirían. Esta vez fue el Majzum quien salvaguardó a un hombre de otro clan: Walid mismo tomó a Uthman bajo su protección; pero cuando Uthman vio que sus compañeros musulmanes eran perseguidos mientras él permanecía a salvo, fue a Walid y renunció a su amparo. *"Hijo de mi hermano"* dijo el anciano Walid, *"¿te ha dañado alguien de mi gente?"*. *"Nada de eso"*, respondió Uthman, *"pero yo tengo la protección de Allah, y no deseo la de nadie salvo la de Él"*. Se fue pues con Walid a la Mezquita y lo absolvió públicamente de su protección.

Algunos días después sucedió que el poeta Labid estaba recitando para el Quraysh y Uthman se hallaba presente entre la gran multitud que se había reunido para oírlo. En un nivel por encima del talento general que los árabes tenían para la poesía, estaban muchos poetas de claro ingenio como Abu Talib, Hubayrah y Abu Sufyan, el hijo de Harith. Pero, más allá de éstos, había unos pocos que eran considerados grandes, y Labid era, en la opinión general, uno de ellos. Era probablemente el más grande poeta árabe viviente, y el Quraysh se sentía privilegiado de contar con su presencia. Uno de los versos que entonces recitó comenzaba:

"Ved aquí, que todo excepto Allah es nada."

"Has dicho la verdad", dijo Uthman.

Labid continuó: *"Y todas las delicias se desvanecerán."*

"Mentiste", exclamó Uthman. *"La delicia del Paraíso nunca desaparecerá"*. Labid no estaba acostumbrado a que lo interrumpieran; en cuanto al Quraysh, no solamente estaban asombrados y escandalizados sino también llenos de vergüenza, ya que el poeta era su invitado. *"¡Oh hombres del Quraysh!"*, dijo éste, *"quienes se sentaban con vosotros como amigos nunca solían ser maltratados. ¿Desde cuándo sucede esto?"* Uno de los reunidos se levantó para expresar las excusas de la tribu. *"Este hombre no es más que un necio"*, dijo, *"uno de la cuadrilla de necios que han abandonado nuestra religión. No dejes que tu alma se altere por lo que ha dicho"*. Uthman, entonces, replicó con tanta vehemencia que el que hablaba se acercó a él y le golpeó en el ojo, por lo que la ceja se le amorató; Walid, que estaba sentado cerca, le hizo notar que su ojo nunca habría tenido que padecer si hubiese permanecido bajo su protección. *"No"*, dijo Uthman, *"mi ojo sano es ciertamente un pobre necesitado de lo que le ha sucedido a su hermano en el camino de Dios. Estoy bajo Su protección, que es más poderosa y decisiva que la tuya"*. *"Ven, hijo de mi hermano"*, dijo Walid, *"renueva tu pacto conmigo"*. Pero Uthman rehusó.

El Profeta no estuvo presente en aquella reunión. Pero le llegaron noticias del poema de Labid y de lo que había sucedido. El único comentario suyo del que se tiene constancia fue: *"Las palabras más verdaderas que un poeta jamás ha dicho son: 'Ved aquí, todo excepto Dios es nada'."* (Muhammad ibn Ismail al- Bujari, LXIII, 26). No censuró a Labid por lo que había dicho después de esto. Podía considerarse que el poeta había querido decir: *"todas las delicias terrenas se desvanecen"*; por otro lado, todos los Paraísos y Delicias que son Eternos pueden considerarse como incluidos en Dios o en *"la Faz de Dios"*. Por aquella época se había producido la Revelación:

¡No invoques a otro dios junto con Alá! ¡No hay más dios que Él! ¡Todo perece, salvo Él! ¡Suya es la decisión! ¡Y a Él seréis devueltos!

(XXVII, 88)

y en una Revelación anterior están las palabras:

Pero subsiste tu Señor, el Majestuoso y Honorable
(LV, 27)

Donde está esta Nobleza Eterna, allí tienen que estar sus recipientes y también sus delicias.

Se produjo en aquel tiempo una Revelación más explícita que contenía el siguiente pasaje. El primer versículo se refiere al Juicio:

El día que esto ocurra nadie hablará sino con Su permiso. De los hombres, unos serán desgraciados, otros felices. Los desgraciados estarán en el Fuego, gimiendo y bramando, eternamente, mientras duren los cielos y la tierra, a menos que tu Señor disponga otra cosa. Tu Señor hace siempre lo que quiere. Los felices, en cambio, estarán en el Jardín, eternamente, mientras duren los cielos y la tierra, a menos que tu Señor disponga otra cosa. Será un don ininterrumpido.
(XI, 105-108).

Las palabras finales muestran que no es la Voluntad de Allah que el don del Paraíso para el hombre después del Juicio le sea arrebatado como lo fue su primer Paraíso. Otras cuestiones relativas a este pasaje fueron respondidas por el mismo Profeta, que continuamente hablaba a sus seguidores sobre la Resurrección, el Juicio, el Infierno y el Paraíso. En una ocasión dijo: *“Dios, que acerca a su Misericordia a quien Él quiere, hará entrar en el Paraíso a las gentes del Paraíso y en el Infierno a las gentes del Infierno. Entonces dirá (a los ángeles): “Buscad a aquél en cuyo corazón podáis hallar fe del peso de un grano de semilla de mostaza, y sacadle del Infierno.”* Entonces sacarán a una multitud de hombres y dirán: *“Señor Nuestro, no hemos dejado allí a ninguno de los que nos ordenaste”,* y Él dirá: *“Volved y sacad a aquél en cuyo corazón encontréis el peso de un átomo de bien”.* Entonces sacarán a una multitud de hombres y dirán: *“Señor Nuestro, no hemos dejado nada de bondad allí”.* Luego, los ángeles intercederán, y los Profetas y los creyentes. Entonces Dios dirá: *“Los ángeles han intercedido, y los profetas han intercedido, y los creyentes han intercedido. Solamente queda la intercesión del Más Misericordioso de los misericordiosos. Él sacará del fuego a los que no hicieron ningún bien y los arrojará a un río a la entrada del Paraíso que se llama el Río de la Vida”.* (Muhammad ibn Mayah, 79; Muhammad ibn Ismaíl al-Bujari, XCVII, 24).

Y de las gentes del Paraíso dijo el Profeta: *“Dios dirá a la gente del Paraíso: ‘¿Estáis satisfechos?’ Y ellos responderán: ‘¿Cómo no habríamos de estar satisfechos, ¡oh Señor!, puesto que nos has otorgado aquello que no has dado a ninguna otra de tus criaturas?’ Entonces dirá Él: «¿No os parece que podría daros algo mejor que eso?» Y ellos dirán: «¿Qué cosa, oh Señor, puede ser mejor?», y Él dirá: «Haré descender sobre vosotros Mi Ridwan.”* (Muslim ibn al-Hayyay al-Qushayri, LI, 2). La beatitud final del Ridwan, a menudo traducido por *“Buena Felicidad”* se interpreta con la significación que tendría la aceptación final y absoluta por parte de Dios de un alma, llevándola consigo y hacia su Eterna y Beatífica Felicidad. Este Paraíso supremo no tiene que tomarse como excluyente del que es conocido como el Paraíso en el sentido ordinario, pues el Corán promete que para cada alma bendita habrá dos Paraísos

**Para quien, en cambio, haya temido comparecer ante su Señor
habrá dos jardines**
(LV, 46)

Y hablando de su propio estado en el Más Allá, el Profeta lo describe como una doble bendición, *“el encuentro con mi Señor, y el Paraíso.”* (Ibn Ishaq, 1000).